

## EL SECRETO MEJOR GUARDADO DE NUESTRO CINE

MARCELO LÓPEZ M.

Publicado en el diario El observador de Viña del Mar, Domingo 30 de Julio de 2006

Debe ser uno de los autores más brillantes de la filmografía nacional. Pero el nombre de Sánchez ha permanecido al margen, sin que a él le importe demasiado. Aun así, la deuda comenzará a saldarse con una revisión a su obra en el Festival de Cine de Valparaíso.

Se suponía que Cristián Sánchez iba a venir a la inauguración del Festival de Cine de Valparaíso. "Tenía todas las ganas", asegura. Pero ese mismo día cerraba el plazo para postular a los fondos del Consejo del Arte e Industria Cinematográfica. Y Sánchez, claro, no podía darse el lujo de pasar la oportunidad. Ni siquiera por lo económico. El apuro más bien era por la enorme cantidad de ideas que pululan por su cabeza inquieta y que, para bien nuestro, quiere llevar al celuloide.

"Tengo guiones para filmar de aquí a veinte años", dijo recientemente. Y es que el hombre es tremendamente fructífero. Pero además es injustamente desconocido en los circuitos masivos de la cinematografía local, algo que lo tiene sin cuidado, pero también sin explicaciones. Raro si se considera la calidad de cintas como "*Los deseos concebidos*" o "*El cautiverio feliz*".

No por nada se le rinde culto en casi toda Latinoamérica. Admirado en Argentina (en el último BAFICI se proyectaron varias de sus cintas), Cuba, México y otras naciones, a menudo se le consigna como "la joya del cine chileno". Pero en su patria faltaba un homenaje, hasta que Alfredo Barría, director del Festival de Valparaíso, comprendió que había que hacerlo a la brevedad. Y Escafandra le rinde tributo, con esta entrevista:

¿Por qué este país suele ser tan ingrato con sus valores artísticos? Te lo pregunto por el generalizado desconocimiento que se ha hecho de tu cine...

"La ingratitud es moneda corriente en nuestro país y posiblemente en muchos otros. Pero no estoy decepcionado. Jamás me he hecho expectativa alguna ni he esperado recompensas de ninguna clase. Es más creo que, dado el tipo de cine que he podido

hacer, la reacción de ignorarlo o negarlo no ha sido si no justa, al menos esperable. No tengo el menor resentimiento. Para mí el cine es un arte y el reconocimiento es la obra misma".

A tu cine a menudo se le rinde culto y suele encasillársele en el grupo de los "secretos" y los "malditos" ¿Te sientes parte de los "malditos"?

La posición de "maldito" me resulta difícil de sostener, porque significaría que estoy en contra de algo; pero significaría también que una vez que fuese reconocido, que mi cine de supuesto outsider -o maldito- entrara al sistema, pasaría a formar de los que detentan los medios y el poder económico, el prestigio, la santa aureola del marketing, de aquellos en los que invertir resulta beneficioso".

Y lo tuyo ha ido por otro lado...

"Claro. Mi caso no es ese. Yo he podido hacer cine casi por milagro, pero para atacar a nadie, ni para demostrar que los demás hacen un cine menos artístico que el mío. No soy juez de nadie. Cada uno sabe dónde le aprieta el zapato y a mí me aprieta el "zapato chino"; es decir, seguí un camino plagado de dificultades, pero simplemente hice lo que podía hacer siguiendo mi intuición y la

voluntad de continuar una corriente en la historia del cine, que es la que me interesa y que podríamos caracterizar como de tendencia espiritual".

Y bien chilena...

"La materia prima ha sido Chile, el país con sus aspectos más soterrados, insólitos, paradójicos e irrisorios. Y he tratado de expresarlo con todo el humor y la fuerza interior de que dispongo para engendrar con ella una belleza del espíritu. Porque creo en la belleza del espíritu y es por lo demás la tarea de cualquier artista. Nos debemos a ella".

Me imagino que jamás tuviste afanes comerciales con tu cine. Por ahí parece como si tras hacer una película, te esforzaras por mantenerla lejos de los cines, por guardártela para ti ¿O no?

"Debo aclarar que no hago cine para guardar las películas bajo siete llaves en mi casa o para contemplarlas en secreto como si fueran un tesoro. De hecho ni siquiera me gusta volver a verlas. Quizás por eso me resisto a hacer exhibiciones privadas. Es que un inmenso pudor me paraliza. Pero de ahí a evitar que se exhiban en

circuitos públicos hay una gran diferencia. Si se han exhibido por períodos cortos ello se debe a su soporte (16mm o con copia final en video), una limitación suficiente".

Pero donde se proyectan, hay una buena respuesta...

"Recientemente en el BAFICI "*El Zapato Chino*" causó un gran impacto. Quedé estupefacto; yo esperaba un desastre, una deserción masiva de espectadores y otros quedándose sólo para enrostrarme mi ineptitud. Pero resultó todo lo contrario. Me gusta hablar de mis películas; me gusta dialogar con la gente, saber qué sintieron, qué pensaron y si les produjo alguna sensación. Me doy por satisfecho cuando esa sensación ha logrado aumentar en las personas su potencia o su capacidad de ser, el perseverar en el sí mismo, el conatos de Spinoza. De modo que quiero y deseo un público y siempre lo he tenido, por minoritario que sea, en los lugares donde mis películas han pasado".

¿Y cuál es tu público?

"Cuando hago una película, me pienso a mí mismo como espectador. Si me gusta a mí tendrá que gustarle a otros; es mi

premisa y la de muchos. Ahora, me gusta pasar desapercibido de los actos oficiales y sustraer a mi cine de ese espacio donde el proceso creador se conecta con el poder; ahí reclamo un devenir imperceptible de la obra. Esto es, que no pueda ser interpretada o controlada por poder alguno. La obra no debe estar donde se la espera y estar donde no se la espera. La potencia de una obra es su capacidad de fuga, de desaparecer, de hacerse imperceptible, que es una forma de lucha, de resistencia. El autor mismo, debiera tornarse imperceptible. Yo mismo trato de habitar un lugar como si fuera un fantasma".

Igual tu cine exige un espectador activo intelectualmente, que se apropie de tus cintas, las mastique y luego haga su propia lectura.

"Toda película debiera actuar directamente sobre el cerebro y el sistema nervioso. Toda película debiera ser un gran choque, para desencadenar un terremoto neuronal. Nuevas conexiones, nuevas sinapsis. Mi cine no está hecho para un espectador inteligente. Porque quien es el inteligente, sino el que quiere sentir, el que no quiere dejarse arrastrar por sensaciones nuevas. El inteligente es el que se aferra a sus certidumbres. En mi cine hay que ver y oír y dejar a un lado la inteligencia. Y en esto sigo a Bresson".

¿Qué sentimientos tienes hoy con esta suerte de "retribución" que hace el Festival de Valparaíso, al proyectar una retrospectiva de tu obra?

"No me queda más agradecer por este reconocimiento y la posibilidad de producir un diálogo entre mis propuestas y el público; y también a través del "Observatorio", este diálogo mediado por ponencias como la de Jorge Ruffinelli, profesor de Stanford, y la de Felipe Aburto, alumno de la Facultad de Artes de la Chile. Me gusta justamente esa asimetría, dos extremos del asedio interpretativo. De todo ello resultará algo muy enriquecedor porque yo también provengo del ámbito académico, haciendo la salvedad que propongo siempre una anti-pedagogía, una anti-academia, una enseñanza informal que no se da en el aula oficial o que ocupa el aula oficial para hacer otra cosa de ella".

¿En qué estás hoy en día? ¿Se viene ya "*Camino de Sangre*"?  
¿Efectivamente tienes guiones para filmar de aquí a veinte años?

"Mi única fuerza ha sido sostenerme, persistir en mi fragilidad. Mi cine y yo estábamos (Y quizás seguimos) destinados a desaparecer. Y bien, heme aquí todavía con proyectos, con deseos

de filmar... Y es que hay algo que no he perdido y es el 'deseo de desear', como bien dice Johny Holliday en una canción: 'Sólo pido que me den el deseo de desear' ".